

falia y la paz del Imperio, aportando á este efecto cada uno de ellos un contingente de doce mil hombres.

Pero Holanda, que se hallaba entre la espada y la pared, pidió la paz, y sus plenipotenciarios, Groot y Ghent, se presentaron, en 29 de junio, al rey ofreciéndole Maestricht, las ciudades del Rhin tomadas por los franceses y los territorios de la Generalidad, nombre con que se designaba á los territorios conquistados por los holandeses en el Brabante español y en Flandes, que vivían bajo un régimen aparte por no haber sido aún incorporados á las Provincias Unidas, y en los cuales había, entre otras, las ciudades de Bois-le-Duc, Breda y Berg-op-Zoom. Si Luis XIV hubiese aceptado esos ofrecimientos, habría podido, gracias á sus nuevas posesiones, atacar de flanco los Países Bajos españoles; pero sospechando acaso de la sinceridad de los mismos, que, en realidad no está muy probada, pues á los holandeses les interesaba mucho ganar tiempo para dar lugar á que llegasen los socorros, exigió todo el Sur de las Provincias Unidas, cuya frontera quedaría nuevamente fijada en el Leck; la conservación de sus conquistas aumentadas con Crevecoeur, Bois-le-Duc y Maestricht; satisfacciones para sus aliados de Colonia, Münster é Inglaterra; la libertad para todos los franceses de viajar por las Provincias sin estar sometidos á las visitas y á los derechos de tránsito; la supresión de todos los edictos de comercio promulgados como represalias de los edictos de Colbert; el ejercicio público del culto católico (1); un sueldo asegurado á los párrocos y á los ecónomos; una indemnización de veinticuatro millones de libras, en vez de los diez millones ofrecidos; y finalmente la promesa de una embajada anual

(1) El rey se había mostrado durante la campaña benévolo con los católicos que le habían acogido afectuosamente. Los católicos de Emmerich habían celebrado, después de su entrada, la fiesta del Corpus con gran pompa, y los de Utrecht habían deseado su llegada. Cuando regresó la diputación enviada al rey para tratar de la capitulación diéronle escolta guardias de cops mandados por un hidalgo, Rosamel, y Pellissón refiere que los católicos exclamaron «que estaban en libertad, puesto que veían gentes del rey de Francia,» y «celebraron la misa en la plaza pública, en donde dieron á Rosamel, á pesar de que ya tenía, una almohada y una alfombra para los pies, prodigándole á él y á cuantos le acompañaban mil honores y mil caricias.» El 16 de julio hizo el rey consagrar nuevamente al culto católico la gran iglesia de Utrecht, habiendo acudido á la ceremonia una muchedumbre inmensa: «Nunca se ha visto tanta gente llorando de alegría.» *La Gazette de France* alababa la restauración de la fe: «Dondequiera que se plantan las flores de lis, replántase al mismo tiempo el estandarte de la religión.» Louvois, en una memoria de 19 de agosto de 1672, propone á Luxemburgo amenazar á los habitantes con una inundación total, mediante la destrucción de ciertos diques del Rhin, en la creencia de que los holandeses, aterrados, se someterían «á las órdenes de Su Majestad recibiendo la fe católica y apostólica que sus antepasados han profesado desde hace novecientos años.» Todo esto no prueba que la guerra de Holanda fuese una guerra religiosa, pues Luis XIV no tenía una pasión de apóstol, y quizás lo que más amaba en la religión católica era que fuese la suya. Pellissón explica que lo que ha hecho en Utrecht ha sido no sólo un «acto de justicia y de piedad,» favoreciendo á los católicos, sino también «un acto político,» pues quiso «atraerse firmemente á la mitad de los habitantes, cuando no habría podido hacerse enteramente suya á la otra mitad por muy complaciente que se hubiese mostrado con ellos.» Por lo demás, Luxemburgo creía que se equivocaban acerca de los sentimientos de los católicos holandeses y decía que la gran masa de éstos habría querido, como los hugonotes, «ver ahogado al último francés.» Véase Pellissón, *Letres historiques*, t. I, 243-4, y Pedro de Segur, *Le maréchal de Luxembourg*, págs. 82-87.

que le llevase una medalla de oro, en testimonio de la merced que había concedido á la República dejándole la libertad que con la ayuda de sus antepasados había conquistado. Los emisarios holandeses discutieron estas condiciones, consiguiendo que algunas fuesen suavizadas y que se les diera un plazo de cinco días para dar cuenta del resultado de su misión á los Estados. Louvois esperaba que regresarían el día señalado: «O mucho me he engañado ó vendrán para firmar todo lo que les he pedido.» Y sin embargo, no volvieron.

En la República preparábase una revolución. En 21 de junio fracasó una tentativa de asesinato contra de Witt, y aunque el asesino fué ejecutado, un pastor, en un libelo del que se vendieron muchos miles de ejemplares, le comparó con el ángel de la Biblia que había luchado contra Jacob. La popularidad del príncipe de Orange crecía como la marea; las antiguas pasiones enérgicas que habían creado la maravilla singular de aquel Estado se reavivaban, y la voluntad de permanecer libres reconciliaba en algunos sitios á los partidos contrarios, labriegos y ciudadanos, republicanos y orangistas. Cinco provincias eligieron estatúder á Guillermo de Orange y en 8 de julio los Estados generales proclamaronle estatúder de la República. Guillermo tenía entonces veintidós años; nacido algunas semanas después de la muerte de su padre, su infancia y su juventud habían sido tristes; era una especie de príncipe destronado, un hijo de Tarquino, vigilado y custodiado por los cónsules de la República (2). Cuidado con solicitud y siempre objeto de sospechas, el joven se concentró en sí mismo y, como su ilustre antecesor Guillermo I, fué un «silencioso.» Enfermizo, sin gracia, sin pasiones juveniles, bajo su flema holandesa, escondía sus rencores contra el patriciado, su esperanza de desquite, una ambición dispuesta á todas las audacias y quizás una ardiente fe calvinista. Era, ha dicho Voltaire, «valiente sin ostentación, ambicioso pero enemigo del fausto, flemáticamente tenaz de nacimiento, y á propósito para combatir la adversidad; amante de las cosas de la guerra, ignorante de los placeres de los grandes y de los de la humanidad en general, y casi en todo el polo opuesto de Luis XIV.» Los dos grandes adversarios políticos de la segunda mitad del siglo xvii hallábanse frente á frente.

La defensa hizo aún más enérgica; varios diques que habían sido respetados fueron rotos, y el rey, que había tomado Nimega, vióse detenido por las aguas delante de Bois-le-Duc. El emperador firmaba en 22 de julio un tratado con los Estados generales y sus tropas se habían de juntar muy pronto en el Rhin con las del elector de Brandeburgo.

En Holanda exacerbábase el odio contra Juan de Witt y la primera víctima de él fué un hermano de éste, Cornelis, á quien un miserable acusó de haber atentado contra la vida del príncipe de Orange. Cornelis fué encarcelado y, sometido al tormento, no quiso confesar crímenes que no había cometido. El día 20 de agosto, alguien fué á decir á Juan que su hermano deseaba verle; Juan cayó en el lazo y cuando estaba en la cárcel, una turba forzó las puertas y asesinó á los dos.

Juan de Witt, el filósofo amante de la tolerancia y hasta de la libertad, el espíritu culto, el buen orador, el

(2) Véase anteriormente.

escritor claro era un hombre que humanamente valía incomparablemente más que Guillermo y Luis XIV. A uno y á otro habíalos tenido en jaque hasta el día en que se unieron; pero una vez unidos, le aplastaron. Por lo demás, no podía sostenerse mucho tiempo, siendo, como era, el hombre de un partido. Detestaba á los soldados, á los pastores protestantes y á la plebe que, jun-

de los cuerpos fué fijado en la horca, habiendo presidido la ceremonia un pastor. Después, los Estados generales, á quienes de Witt había dirigido durante diez y nueve años, prohibieron á los jueces que abriesen proceso sobre su muerte. El príncipe de Orange, que, cuando menos, había dejado hacer á los orangistas, opinaba que no estaban los tiempos á propósito para el empleo de



El almirante Ruyter (facsimile reducido del grabado de A. Blotelingh (1634-1695))

tos, habían fundado la República. De Witt fué uno de esos ciudadanos que, en todas las épocas, aceptan las revoluciones á beneficio de inventario y toman de éste la parte que les conviene. Además, para que su régimen viviera en las Provincias Unidas, necesitaba la paz, para mantener la cual hizo prodigios de habilidad; pero la invasión de Holanda condenó toda su política, y entonces fué el hombre que se ha equivocado, el que es la causa de todo el mal.

Los pastores protestantes y los orangistas se alegraron de la muerte de Witt; la plebe hizo en una taberna un guisote con los corazones de los dos hermanos y mutiló sus cadáveres; un individuo compró un dedo de Juan por dos sueldos y un jarro de cerveza, y lo que quedaba

«cáusticos;» había llegado á ser dueño del Estado que gobernara de Witt, y Luis XIV, que había contribuido á la fortuna de Guillermo, perdió en el cambio.

Los franceses no podían ya hacer otra cosa que sitiar las pocas plazas «que las aguas y las mareas permitieran;» y como ninguna era «bastante importante para merecer la presencia del rey,» Luis XIV regresó á Francia, quedando en Holanda Luxemburgo.

Había sido preciso distraer una parte de las fuerzas para hacer frente á los imperiales y á los brandeburgueses, pues cuando éstos se hubieron juntado en el Rhin, los aliados de Francia, Colonia y Münster, habían demandado socorro. Turena se dirigió hacia el río y lo remontó hasta Andernach, en donde hizo construir un



puente que asegurase sus movimientos en ambas orillas; y aunque disponía de muy escasas tropas, gracias á la perfección de su táctica logró contener á los coligados. Éstos, por otra parte, no estaban de acuerdo; la antigua enemistad entre Habsburgo y Hohenzollern subsistía, y la corte de Viena prefería prescindir de laureles á tener que compartirlos con Berlín. Si Viena, Berlín y el príncipe de Orange se hubiesen entendido entre sí, la campaña de 1672 hubiera podido ser de funestos resultados para la Francia. Luis XIV pasó muy malos días en el mes de diciembre. Luxemburgo, que tenía su cuartel general en Utrecht, intentó, cuando el hielo permitió caminar sobre las tierras inundadas, dirigirse hacia La Haya y Amsterdam; pero el deshielo le detuvo en su osada y penosa marcha. Guillermo, en tanto, quiso también dar un gran golpe; su ejército francés había hecho prisioneros y á quienes Luis XIV había imprudentemente puesto en libertad para hacer una manifestación de desdén, y contaba además con tropas y cañones que secretamente le facilitara Monterrey, gobernador de los territorios españoles. Marchó el príncipe sobre el Mosa para cortar las comunicaciones con Francia al ejército que se había quedado en Holanda, y el 15 de diciembre llegó á las puertas de Charleroi. Luis XIV alarmóse en extremo; él, que había creído someter Holanda en una campaña y que había nombrado los estados mayores de las principales plazas de las Siete Provincias, ahora veía ya invadido su reino y se imaginaba al enemigo en Avesnes y hasta en San Quintín. El rey se había instalado en Compiègne y de noche se levantaba para escribir á Louvois: «Estoy furiosamente inquieto;» al fin en la noche del 23 al 24 supo que el príncipe de Orange abandonaba el sitio de Charleroi y dió las gracias al conde de Montal que había defendido la plaza: «Será este para mí un motivo perpetuo para demostraros, cuando os encuentre, mi benevolencia.»

A principios de 1673 Turena alcanzó una gran victoria. Había permanecido en sus acantonamientos del Rhin, pero no descansaba en ellos, sino que durante todo el invierno combatió para «probar que nuestros franceses hacen la guerra en invierno mejor aún que los alemanes.» En pleno enero entró por Wesel en Westfalia, en donde los brandeburgueses ocupaban los territorios de los aliados del rey, y los arrojó de allí, acosándolos y obligándolos á retroceder. El elector Federico Guillermo pidió la paz, que le fué concedida en junio por el tratado de Vossem, con un subsidio de setecientas mil libras. «Los alemanes creen que esto es un sueño,» ha dicho Turena; en efecto, el mariscal había desarmado á uno de los adversarios más serios de Francia.

Luis XIV y Louvois habían compuesto para el año 1673 un plan de campaña á la mayor gloria del rey: «ya sabéis, había dicho éste á su ministro, que he de ser solo en mandar un ejército;» no quería que le acompañase ninguno de los dos grandes jefes, á fin de demostrar lo que era capaz de hacer «solo,» y el «señor Vaubán,» á quien se llevaba consigo, no estaba en condiciones para hacerle sombra. Turena continuaría vigilando el Rhin y el Mosela; Condé tomaría el mando de las tropas que se habían quedado en Holanda, y él, el rey, iría á «ponerse en Flandes.»

Condé llegó á fines de abril á Utrecht, su cuartel general. Una lluvia continua engrosaba las aguas que inundaban el país; las fuerzas enviadas á practicar reconocimientos se mojaban «hasta las cinchas;» y los sondeos que se efectuaron en el terreno para encontrar un camino continuo hacia Amsterdam, no dieron resultado satisfactorio. Condé describía el extraño campo de batalla, en donde junto á las aspas de los molinos de viento se erguían los mástiles de los buques: «Los enemigos no tienen ningún puesto que no esté defendido por grandes fragatas armadas con cañones en los sitios por donde pasan grandes canales y ríos; y en los lugares en donde éstos son pequeños, tienen una porción de pequeñas embarcaciones con cañones de reducido tamaño.» Condé comprendía, y así lo decía y repetía, que «nada de importancia podría hacer.» Aburrido de aquella inactividad, quiso ver á Spinoza, que, desterrado de Amsterdam por la intolerancia de los rabinos, ganábase la vida en La Haya pulimentando cristales para anteojos. El príncipe quedó maravillado de las conversaciones del filósofo, que fué á verle, y hasta quiso retenerlo á su lado para llevarse-lo á Francia; pero Spinoza no había nacido para vivir en una casa de príncipe. Condé se inquietaba por las violencias que veía cometer á los agentes fiscalizadores de Louvois, y afligido por el estado de sus tropas, «reducidas á pan y agua,» pedía que siquiera se les aumentase el pan: «De lo contrario, decía, temo que sobrevengan grandes deserciones, que ya han comenzado.» Esperó que se le llevaría algún refuerzo por mar. El año anterior, la guerra marítima había estado indecisa; el almirante holandés Ruyter había ido á atacar, en el mes de junio, en Southwold-Bay (Solebay) á las flotas de Inglaterra y Francia, que se habían reunido en la costa de Suffolk; pero aquel héroe del mar, después de un combate furioso como nunca había visto otro igual, retiróse á las costas de Holanda, sin que los anglo-franceses le molestasen en su retirada ni tomasen en el resto del año la ofensiva. En junio de 1673 intentaron un avance y el día 7 encontraron á Ruyter á la vista de Schoonveld-Bank, en Zelanda; el combate no fué decisivo, pero los aliados no pudieron avanzar: el 14 Ruyter atacó nuevamente y salió vencedor (1), siendo, por consiguiente, rechazada la invasión por mar. Condé se resignaba á «inquietar por todos lados» á los enemigos, á fin de impedirles que enviasen tropas «allí donde va Su Majestad.»

Su Majestad había salido de Saint-Germain el día 1.º de marzo, en compañía de la reina, de la señora de

(1) Esas dos batallas pusieron á prueba la flota de Colbert. Después de la primera, alegróse éste de que Ruyter hubiese reconocido que los franceses se habían portado bien: «Tenemos de nuestros enemigos la prueba más clara y más constante que desearse pueda de una hermosa acción.» Luis XIV recibió la noticia de la batalla hallándose á orillas del Issel y se mostró contento, aun reconociendo que no había sido una victoria «perfecta:» «Lo que me alegra en extremo es lo que han hecho mis vasallos, pues por confesión universal no cabe hacer nada mejor.» Después de la batalla de Schoonveld-Bank, Colbert se consoló de la derrota con la declaración de los enemigos que reconocieron el brillante valor de los buques de Francia. «Bien es verdad, dice, que ese valor ha llegado hasta ciertos excesos; pero el año pasado habían dado pruebas de buen orden y de exacta ejecución de las órdenes. Parece que con todo ello podría componerse, con un poco de tiempo y de experiencia, algo bueno para la gloria de la nación y la satisfacción del rey.»

Montespán y de la corte. La señora de Montespán estaba embarazada y en Tournai, en donde el rey se separó de la corte, dió á luz á la señorita de Nantes. Desde Tournai, dirigióse el rey á Courtrai: «Toda la tierra» se preguntaba adónde iba, pues, como de costumbre, su plan había permanecido secreto; y mientras Condé al Oeste y Turena al Este contenían al enemigo, él en el centro, en plena luz, como Alejandro en un cuadro de Lebrún, iba á emprender un gran sitio: «Los grandes sitios me gustan más que los otros,» decía. La plaza escogida era Maestricht, ciudad bien fortificada y bien defendida. Luis XIV ha relatado el sitio, en el que indudablemente trabajó mucho, no economizando su persona; no quiso obrar con precipitación, prefiriendo «proceder de un modo seguro,» y tomó toda clase de precauciones, aun sabiendo que eran inútiles. Atribuyóse todo el mérito de la operación: «Vaubán, dice, me propuso lo que yo había creído mejor;» por lo demás, era muy capaz de dirigir un sitio. Cuando hubo tomado la ciudad, escribió á Colbert, en 1.º de julio: «No os habrá disgustado la noticia de la toma de Maestricht; mucho me ha costado este sitio, pero estoy bien recompensado.» Colbert contesta: «No tenemos más que rogar á Dios por la conservación de Vuestra Majestad. En cuanto á lo demás, su voluntad será la sola regla de su poder.»

Pero Luis XIV sabía perfectamente que su voluntad había de contar con otras, y en medio de su gloria, de la que hacía alarde, manteníase prudente; así es que, después de fracasada la invasión, había abandonado aquella empresa si hubiese podido. En septiembre de 1672 los suecos habían ofrecido su mediación á Francia y á Inglaterra, por una parte, y á las Provincias Unidas, por otra; aceptado el ofrecimiento, convínose en celebrar un congreso en Colonia. Los reyes de Francia y de Inglaterra prepararon las instrucciones para sus plenipotenciarios: las pretensiones de Luis XIV eran la cesión á Francia de la generalidad entre el Mosa y el Escalda y del marquesado de Berg-op-Zoom, una indemnización de seis á ocho millones de francos, la libertad para la religión católica y la abolición de los edictos comerciales con que Holanda había replicado á las tarifas de Colbert; Inglaterra pedía satisfacción plena en lo del saludo al pabellón, una indemnización de seiscientos mil á un millón de libras esterlinas, el estatuto hereditario en la casa de Orange y la cesión de Flesinga y de Ramekens ó de Gorea. El congreso se inauguró en 18 de junio de 1763. Holanda ofreció á Francia, en total, Maestricht y otras dos ciudades, con la condición de que las entregase á España, la cual le cedería, en cambio, algunas ciudades de Artois; y al rey de Inglaterra una satisfacción en lo del pabellón. Parecía, pues, que nunca podría llegarse á una inteligencia; pero los reyes no tardaron en rebajar sus pretensiones, quedando reducidas las de Francia á muy poca cosa, y entonces el plenipotenciario holandés declaró que los Estados generales habían concertado varias alianzas y que querían que sus aliados interviniesen en las deliberaciones de la paz. La causa de que los reyes se mostrasen tan acomodaticios y los holandeses tan altaneros era la gran coalición que se había formado contra Francia.

La regente de España, que en junio había hecho sa-

ber á los holandeses que si se sostenían hasta septiembre serían socorridos, entabló negociaciones con el emperador quien, en 28 de agosto, dirigió á la Dieta una memoria poniendo de manifiesto «el peligro á que están expuestos la nación alemana y el Imperio y con que cada vez más los amenazan los extranjeros.» Enumeraba, además, catorce agravios contra Francia, le reprochaba que menospreciase las reclamaciones del Imperio y las «justas» proposiciones de los Estados generales, y que negase á la cristiandad «una paz firme y universal,» y conjuraba á todos los alemanes á que se unieran para la conservación del Imperio. El día 30 de agosto se firmaron tres tratados: por el primero, el emperador se comprometía á poner treinta mil hombres en campaña y Holanda á pagarle cien mil escudos anticipados y cuarenta y cinco mil al mes; por el segundo, España prometía declarar la guerra á Francia si no se firmaba la paz en Colonia, y Holanda le garantizaba el estado territorial de la paz de los Pirineos; y por el tercero, poníase al duque de Lorena al frente de un ejército de diez y seis mil hombres y se le prometía la restitución de su ducado. De manera que Austria y España resultaban aliadas de Holanda contra Francia é Inglaterra que, durante tanto tiempo, lo habían sido de Holanda contra la casa de Austria. La política europea se trastocaba y los antiguos odios se reconciliaban en el odio contra Francia.

En Francia se apreciaba bien la gravedad de la situación: Pomponne, en sus despachos á los negociadores de Colonia, lamenta que la continuación de la guerra sea inevitable, y uno de aquéllos, Courtin, confesaba á Louvois sus temores de que ello fuese causa de la ruina de Francia. Louvois le tranquilizaba:

«El rey cree que todos sus enemigos juntos, aunque los negocios les fueran tan bien como hasta ahora les han ido mal, no le recobrarían en muchos años lo que Su Majestad ha conquistado, y que, aun siendo cierto que el dinero escasea y escaseará cada día más, tiene con qué ir mucho más lejos que todos sus enemigos unidos.»

Los hechos demostrarán que Louvois tenía razón cuando creía en el poder de Francia; pero comprendía que el esfuerzo sería rudo y costaría caro. En una carta escrita, por aquel mismo tiempo, al preboste de los mercaderes, reaparece aquella misma creencia, bien que expuesta con alguna menos confianza:

«Una vez comenzada la guerra, no la acaba uno cuando quiere, á menos de no querer sacrificar toda la gloria que el rey puede haber conquistado; así es que si los enemigos de su gloria quieren unirse para impedir que la paz sea un hecho, hay que resolverse á una larga guerra y esperar que no será para el reino tan ruinosa como lo han sido las últimas que la han precedido.»

Después de la conquista de Maestricht, Luis XIV y Louvois habían decidido que el príncipe de Condé marchara á Flandes y que Luxemburgo volviera á encargarse del mando de las tropas que se habían quedado en Holanda. Louvois fué, en agosto, á Alsacia, en donde el rey hizo una breve estancia. Algunas ciudades libres, Colmar entre ellas, fueron desmanteladas y «reducidas á la obediencia;» el electorado de Tréveris, que se había mantenido neutral, fué invadido y Tréveris capituló en 7 de septiembre. Esta última violencia decidió á los



coligados á declararse abiertamente: el emperador, en 16 de septiembre, dió las dimisorias á Gremontville, embajador de Francia, y algunos días después, Montreiry rompía las hostilidades en la frontera. El teatro de la guerra se ensanchaba cada vez más.

En los últimos meses de 1673 Francia tuvo algunos reveses. El día 7 de septiembre, el príncipe de Orange había atacado Naarden, el puesto más avanzado de los franceses en la provincia de Holanda, y la plaza se rindió tan de prisa que Luxemburgo no tuvo tiempo de socorrerla. Fué aquel el primer triunfo de Guillermo y los orangistas lo celebraron con entusiasmo. El príncipe resolvió dirigirse al Rhin para salir al encuentro de los imperiales.

Un ejército imperial de unos treinta mil hombres que, al mando de Montecuculli había salido de Egra, había encontrado en el valle del Mein al de Turena, que constaba de fuerzas casi iguales, empeñándose entre ambos caudillos una verdadera partida de ajedrez, juego en que los dos eran muy hábiles. Turena, que habría querido escapar á su adversario, atacarlo por la espalda y llevar la guerra á Bohemia y á Austria, pidió más tropas, y habiendo recibido orden de ir á buscarlas á Alsacia, retrocedió hasta Philippsburgo, en donde no encontró sino un refuerzo insuficiente. En el entretanto, Guillermo de Orange se unió á Montecuculli á orillas del Rhin y juntos se apoderaron de Bonn en 12 de noviembre de 1673. Este segundo fracaso de los franceses produjo aún mayor sensación que el primero. Pero Luxemburgo consiguió proteger Neuss y Humieres Colonia, y Turena reforzó Tréveris, situó una parte de sus tropas junto al Sarre y envió el resto á Alsacia; entonces Montecuculli, que no se avenía bien con el príncipe de Orange, regresó á Viena, dejando que los generales volviesen con sus tropas por la orilla derecha del Rhin.

Condé, Turena y Luxemburgo quedaron muy descontentos de la dirección de la guerra durante el año 1673. Louvois y el rey querían dirigirla toda y Le Tellier colaboraba con ellos; y Luis XIV, cuando Louvois no estaba á su lado, le exigía que le escribiese diariamente: «Ayer no tuve noticias vuestras; mucho me complacería recibirlas todos los días.» El monarca y el ministro, bien que después de haber hablado con Turena y Condé, fijaban el plan de las operaciones y enviaban instrucciones frecuentes y minuciosísimas en las que á veces incurría el rey en verdaderas puerilidades. Así, Turena, cuando en diciembre de 1672 operaba á orillas del Rhin, debió sonreirse al leer los siguientes consejos.

«Habéis de tener siempre á vuestra disposición el mayor número de barcos que podáis; por esto obraréis acertadamente haciendo descender, cuando pase la helada, los que habéis enviado á Andernach durante los hielos... Hacéis muy bien cuidando mucho de que os avisen de todas partes, á fin de no poner en movimiento las tropas más que cuando sea necesario.»

Luis XIV repetía á menudo el consejo de aprovechar todas las ocasiones de obrar, pero sin arriesgar nada: «Portaos de manera que el deseo de acometer alguna empresa no os lleve á hacer nada que no tenga alguna probabilidad de éxito, á fin de no comprometer la reputación de mi ejército.»

La prudencia aun de los más osados, como Condé y Luxemburgo, que en muchos casos parece haber sido perjudicial, se explica por el temor de accidentes que el rey sugería porque á él mismo le atormentaba. Finalmente, aunque las cartas de Luis XIV á los generales eran corteses y hasta deferentes cuando iban dirigidas á Condé y á Turena, y aunque reconocía que viendo ellos las cosas de cerca podían verlas mejor que él asombrábase de que sus órdenes no fuesen exactamente cumplidas:

«He visto con disgusto que mi primo, el vizconde de Turena..., no haya cruzado el Rhin (en diciembre de 1672) conforme se lo había ordenado... Quiero creer que ha visto que, fuera del partido que ha adoptado, todos los demás eran impracticables.»

A Turena no le sentaban bien las cortapisas: «Me permitiréis que os diga, escribía á Louvois en septiembre de 1673, que no creo sea del servicio de Su Majestad dar órdenes concretas desde tan lejos aun al hombre más inepto de Francia.» Condé, aunque descontento también, no se expresaba con tanta franqueza, pues el recuerdo de los tiempos de la Fronda interponía una nube entre él y el soberano y, además, necesitaba de todo el favor del rey para su hijo el duque, á quien el rey trataba con muy buenas palabras, pero al mismo tiempo negaba los puestos importantes en las operaciones de guerra. Padre é hijo preocupábanse de la opinión del monarca y un día sondearon el ánimo de Louvois y de Le Tellier por mediación de Gourville, intendente y consejero y amigo de los Condé. Louvois y Le Tellier dieron el *satisfecit* deseado, pero el primero añadió que «era absolutamente preciso amoldarse al espíritu del soberano,» y el segundo que, dado el modo de ser del rey, «que no era posible variar,» «no había más que un buen camino con él y era conformarse absolutamente con todo lo que él quería, y que, cuando veía que no estaban contentos de lo que hacía, era difícil que él pudiera estarlo de los demás.» Condé se conformaba lo mejor posible, y si alguna vez estaba disgustado, como durante el verano de 1673, en que se vió empleado en Flandes en servicios de poca monta, formulaba una queja, pero en seguida la disimulaba:

«Mucho me temo, escribía á Louvois, que resulte demasiado cierto el pronóstico que hice al rey en presencia vuestra, y que yo termine esta campaña tal como la he comenzado, es decir, sin poder hacer ni emprender nada; mas es preciso servir al rey como él manda y nadie lo hará jamás con más celo que yo.»

Deploraba, sin embargo, la estrategia del gabinete real en cartas confidenciales como ésta, escrita también en agosto de 1673.

«Con más de cien mil hombres, hallamos medio de aparecer los más débiles en todas partes, excepto en Alemania; y aún no sé si seremos allí los más fuertes teniendo parte de las tropas en Lorena, parte con el señor de Turena y parte en el país de Tréveris. Creo que en la corte saben de esto más que nosotros; pero pareceme que se podría fortalecer al señor de Turena lo suficiente para hacer frente al emperador solo y con el resto atemorizar á los españoles y á los holandeses.»

También se lamentaba Luxemburgo en Holanda:

«Ya conocéis este país, escribía á Condé; es menester no estar en él tan abandonado como yo. El señor Lou-

vois me manda decir que tengo una gran infantería, pero si cuenta la que se necesita para las plazas y los puestos que ocupamos, verá que casi nada nos queda para la campaña.»

Los generales tenían razón; aquella guerra, triunfalmente comenzada, languidecía. En 1672 había faltado audacia, y al año siguiente, la concepción general de las operaciones fué muy pobre y la ventaja del número se perdió con la diseminación de las fuerzas. El mismo rey confiesa el mal estado de las cosas á fines de 1673:

«Era yo dueño de una parte de Holanda, escribe en una memoria sobre la campaña de 1674; tenía tropas situadas en Alemania, alejadas de mí, enemigos vecinos, plazas en pésimo estado, fronteras enteramente indefensas, poderosos enemigos en el mar y motivos de inquietud por todos lados. Había de resolverme á perder casi todas mis conquistas lejanas y á pensar en realizar otras en sitios en donde yo pudiera atacar y defenderme.»

En aquel entonces retiró sus tropas de Holanda dejando sólo las guarniciones; Luxemburgo logró evitar todo encuentro con el príncipe de Orange, que intentó cerrarle el paso, y aunque la operación fué hábil, no dejó de ser una retirada de aquel país que el rey había creído, por un momento, dominar por entero, y de donde había de volver «conde de Holanda,» según anunciara la señora de Sevigné.

La ocupación francesa dejó recuerdos terribles; el país estaba arruinado. Un intendente, Robert, encargado del servicio de requerimientos y contribuciones, había empleado contra los recalcitrantes el sistema infalible del alojamiento de soldados, que se portaron como bandidos. Louvois ordenaba esos rigores, diciendo: «La necesidad no tiene leyes y es preciso que los ejércitos del rey vivan;» y Luxemburgo, que al principio parecía contrario á tales violencias, acabó por resignarse y aún divertirse con ellas: «El señor Robert, dijo, se mueve mucho y creo que sacará grandes cantidades de los Estados, cosa, á mi modo de ver, tan fácil como sacar aceite de una pared.» A propósito de una ejecución proyectada contra un burgo, por creerse que en él se había instigado á algunos soldados del rey á desertar, escribió á Louvois en agosto de 1672: «Ya me mandaréis decir si hemos de ahorcar á todos los labriegos, marineros y ciudadanos ó si podrán rescatarse de la cuerda con dinero. En mi opinión, todo el mundo debería ser ahorcado, á menos de que á cambio de esto se obtuviese una gran cantidad.» Las violencias se cometían con regularidad administrativa: «Nunca acceso de fiebre alguno vióse mejor ordenado que nuestra costumbre de quemar, un día sí y otro no, á los que son bastante necios para obligarnos á ello.» En diciembre de 1672, y á consecuencia de haber fracasado una tentativa contra La Haya, fueron destruidos dos grandes burgos muy ricos, Swammerdam y Bodegrave; según testimonio del propio Louvois, fueron tostados todos los holandeses que había en la aldea de Swammerdam y de los cuales, ni á uno siquiera se dejó salir de las casas;» y Luxemburgo refirió que vió allí «regulares montones consumidos por las llamas,» refiriéndose á montones de hombres. En febrero de 1673, el intendente Robert confiesa á Louvois que las ejecuciones ya nada producen en aquel país asolado. «Ya no puedo

sacar de este país desolado, por más ejecuciones violentas que realice; tanta es la miseria que encuentro en las casas.» El mariscal de campo Stoppa, gobernador de Utrecht, describía por aquel mismo tiempo el estado de los campos, con los aldeanos refugiados en los tejados de las casas inundadas, el hambre y las enfermedades. Al fin Luxemburgo parece conmovirse y deplora que «un número furioso de pueblo» perezca en «las pobres llanuras» y que «millones de animales muertos ó ahogados» apesten las aguas en que se revuelven; pero no tarda en sonreirse de nuevo: «He pensado no comunicaros todo esto, dice á Louvois, porque sabiendo lo compasivo que sois, temo apenaros.» Louvois contesta, en el mismo tono abominable, que le han conmovido hondamente las miserias de Holanda: «Si tuviese aquí algunos casuistas, les consultaría para saber si, en conciencia, puedo seguir desempeñando un cargo cuyo único objetivo es la desolación de mi prójimo.»

Los holandeses se vengaron publicando por toda Europa el relato de aquellos horrores: el *Aviso fiel á los verdaderos holandeses tocante á lo que ha sucedido en las aldeas de Bodegrave y Swammerdam*, ilustrado con los siniestros dibujos de Hooghe, fué profusamente distribuido en toda Holanda, traducido al alemán y conocido en toda Alemania. A este relato se añadieron otros, y Voltaire vió «los libros holandeses en que se enseñaba á leer á los niños..., inspirar á las nuevas generaciones el odio contra los franceses.» Bien es verdad que la guerra hecha por los ejércitos extranjeros era tan bárbara como la que hacían los ejércitos de Francia: las tropas holandesas, conjunto de mercenarios de todos los países, y las tropas alemanas que, conservando las costumbres de la guerra de Treinta Años, arrastraban en pos de ellas á millares de mujeres y de granujas, dejaban extenuados los territorios por donde pasaban. Y si Francia en vez de invadir hubiera sido invadida, habría sufrido los mismos males que ahora hacía ella sufrir. Pero en ninguna parte se empleaba el método de la explotación metódica llevada hasta el último extremo que practicaron los agentes de Louvois (1) ni el de la destrucción por el hierro y por el fuego de territorios enteros para impedir que en ellos subsistiera el enemigo. Culpa fué, en gran parte, de aquel hombre que el odio al nombre francés, sentimiento hasta entonces desconocido, se propagase en toda Europa.

(1) El príncipe de Condé, á pesar de su dureza de alma, intentó moderar esa explotación mientras gobernó en Holanda, y en 25 de abril de 1673 escribió á Louvois: «No puedo menos de deciros que encuentro los espíritus de estos pueblos muy distintos que el año pasado; todos están desesperados, á causa de las contribuciones intolerables que todos los días se les imponen. Paréceme que el mayor provecho que se ha obtenido sobre el que habría podido obtenerse por la dulzura, es muy poco y no vale la cruel aversión que ha engendrado. No sé si conviene al rey continuar así; ya me comunicaréis sus voluntades sobre este particular.» Louvois, en su respuesta, admite que las contribuciones impuestas no «pueden haber puesto de buen humor á los pueblos de Holanda;» pero «Su Majestad ha creído que el dinero vale más que su afecto.» Condé replicó insistiendo en su opinión sobre las «vías» que «han llevado á los pueblos á la desesperación» y dió á entender que la suavidad habría sido una buena política y quizás habría producido en Holanda «algunas revoluciones mayores que las acaecidas;» pero termina diciendo: «Voy sin embargo á adoptar mi ceño de bronce, puesto que así lo queréis, y á ser el hombre más implacable del mundo.»